

EL NACIONALISMO ESPAÑOL Y LA «GUERRA DEL NORTE», 1975-1981¹

Fernando Molina Aparicio. U. País Vasco

El «problema vasco» es una narrativa política elaborada por los nacionalismos que han participado en el debate político contemporáneo acerca de la inserción de los territorios vascos en el Estado nacional. Por un lado, el nacionalismo vasco, el más tardío en aparecer, pero hegemónico en tiempos de la Transición. Históricamente alimentado por culturas políticas diversas (católica integrista, cristiano-demócrata, marxista, liberal), en todas ellas ha mantenido una intensa «frontera moral» entre Euskadi y España, en la que lo positivo quedaba en tierra vasca y lo negativo en el lado de España. Dicha frontera de identidad había sido previamente levantada, con un reparto de categorías morales opuesto, por el nacionalismo español en su lectura de la cuestión vasca, al compás de determinados episodios de fricción entre el Estado nacional y las provincias forales. No deja de ser relevante, de todas formas, que dichos episodios coincidieran con los periodos en que tuvo lugar una reforma democrática del Estado español, léase el Sexenio democrático, con la coyuntura de sublevación carlista, y la Segunda República, con la demanda autonómica. Ello explica que tanto su vertiente liberal-republicana como la católica terminaran por calificar en ambos periodos a estas provincias (o una mayoría de ellas) como «rebeldes» o «traidoras» a España.¹

La Transición contó con patrones políticos muy similares a los que, tanto en el Sexenio como en la Segunda República, habían con-

vertido el debate vasco en un dinamizador del nacionalismo español. Fue, en primer lugar, un periodo que conoció una intensa violencia política que resultó, de nuevo, «vasconizada», esta vez por la acción terrorista de ETA. En él se resolvió, además, una nueva apuesta política por la transformación de la organización territorial (y concepción nacional) de España. Y, finalmente, por entonces culminó todo lo que los regímenes democratizadores previos habían dejado por hacer en el terreno de la dotación a la comunidad política de un régimen de libertades y derechos cívicos. Estas tres vertientes de la reforma democrática emprendida en esos años encontraron contestación en el País Vasco, mediante actos de violencia y reivindicaciones políticas e identitarias de signo nacionalista vasco.²

La cuestión a dilucidar es si el debate vasco actuó, debido a esta conjunción de factores asimilables a los periodos democráticos anteriores (y, muy especialmente, ante la nueva fase de violencia de ETA dirigida contra esa reforma democrática), como dinamizador del nacionalismo de los grupos políticos reformistas y democratizadores, como había ocurrido en el pasado. Ello permitirá, además, evaluar la intensidad de la cultura de identificación con la nación española en ese tiempo, habida cuenta de la centralidad del problema en el debate político y de su impacto cotidiano en la opinión pública. Centralidad e impacto que pudieron favorecer (o no) discursos y movilizaciones pa-

trióticas fundados en patrones de extrañamiento respecto de algunos o todos los «vascos», tal y como había ocurrido en el Sexenio o la Segunda República.

Con tal fin, primero se centrará conceptualmente el fenómeno del nacionalismo español, mediante una valoración de su bibliografía más reciente y de ciertas interpretaciones que abundan en su dimensión discursiva, olvidando que todo nacionalismo requiere, para serlo, de una capacidad movilizadora. Se pasará, después, a exponer cómo la problemática vasca exhibió públicamente un intenso imaginario belicista de contenido nacionalista, lo que no significa, como se verá a continuación, que éste fuera de signo españolista. Y es que, pese a su potencialidad dinamizadora de repertorios patrióticos, el imaginario bélico que la esfera pública asoció a la problemática vasca no favoreció el despliegue social de un nacionalismo español.

El nacionalismo de la España actual

Craig Calhoun afirma que el nacionalismo «es una retórica para hablar sobre demasiadas cosas diferentes para que una sola teoría lo explique».³ Por lo general, en los años en que publicó su ensayo sobre el nacionalismo esas «cosas» eran ya no sólo políticas, sino también culturales. El último estudio que apostó por una concepción esencialmente ideológica de este fenómeno político fue el de Liah Greenfeld, publicado unos pocos años antes. Lo estimulante de la propuesta de esta socióloga norteamericana no proviene tanto de su intento de retrotraer el análisis del nacionalismo a las tesis de los Kohn, Shafer, Kedourie o Minogue, cuanto de que reivindica éstas a la vez que se adelanta a la propuesta de Calhoun y convierte el nacionalismo en un «término-paraguas» que abarca tanto la identidad nacional como los procesos políticos y sociales que le dotan de significado.⁴ El estudio histórico, político y sociológico de su vertiente españolista en la democracia actual ha estado influido por esta perspectiva integradora, que

asocia nacionalismo a identidad nacional. Y eso sin, por ello, renunciar a una complementaria lectura ideológica, si bien ideología e identidad resultan conceptos políticos complementarios, pero en modo alguno sinónimos.⁵

El problema es que, aprovechando esa concepción abierta del nacionalismo, el análisis de su vertiente española en la democracia actual tiende a caer en una falta de precisión conceptual, hasta el punto que pocos son los trabajos que se preocupan siquiera por asimilar unos paradigmas comprensivos separándose de otros.⁶ Al contrario, el nacionalismo español es presentado como una especie de sujeto de la historia de España, a la par que se amortizan en él las dos teorías sobre el nacionalismo con mayor predicamento en la ciencia social actual. Una, la que cuestiona las atribuciones morales que separaban a los nacionalismos estatales-cívicos de los periféricos-étnicos. Otra, la del carácter banal de los nacionalismos estatales, propuesta por Michael Billig, que está presente en todos los recientes trabajos sobre este fenómeno en la democracia española.⁷

Esta última tesis, la más exitosa, parece avalar a ciertos autores a la hora de adoptar una práctica asimilación nacionalista de cualquier manifestación política y social que se asocie a la idea de España o de Estado español. Así, se ha pasado de que hace veinte años el nacionalismo español apenas pudiera materializarse políticamente a ojos de sus historiadores, salvo en programas de partidos derechistas o discursos institucionales, a que ahora se pretenda que todo es nacionalismo: la Constitución y los partidos políticos, el Ejército y la Iglesia, la prensa diaria y hasta las revistas periódicas. Todos resultan, para ciertos estudiosos, agentes (obligadamente encubiertos, como compete a toda descripción conspirativa que se precie, que es la que se presenta) del nacionalismo español. Es más, éste se convierte en un sujeto autónomo en sus actos, dotado de vida propia, actor (junto con sus adversarios periféricos) de la política española.⁸

De esta forma, el análisis social del nacionalismo español en el presente ha desandado los pasos dados por el que se ha hecho de su pasado más lejano. El debate historiográfico sobre el nacionalismo estatal, previo al tiempo del franquismo, ha adquirido una gran complejidad, incorporando no sólo giros «locales», sino también nuevas dimensiones sociales y hasta bélicas, mediante un meritorio esfuerzo por elaborar nuevas lecturas y por descubrir nuevos agentes y espacios de nacionalización. En cambio, el debate sobre el nacionalismo estatal en la España del presente, al disponer de cierto repertorio analítico con cierto éxito en la ciencia social actual, ha derivado en una vuelta a posiciones subjetivas y simplonas.

Algunos de estos trabajos resultan, además, una perversa consecuencia de la aludida pluralidad de significados conferida al concepto de nacionalismo, que conduce a un callejón conceptual sin salida. Y es que no se puede partir en la teoría de la máxima de Calhoun para terminar estrangulándola en la práctica. Es decir, no se puede adoptar una retórica destinada a tratar «demasiadas cosas» para terminar pretendiendo sentar una tesis que las explique todas: la de que todos somos nacionalistas (queramos o no, lo sepamos o no) y todo es nacionalismo...⁹

Resulta difícil negar la condición nacionalista de determinados discursos públicos y políticos, formulaciones intelectuales o programáticas de partidos e, incluso, de ciertas manifestaciones deportivas o conmemoraciones institucionales, así como de su transmisión por los medios de comunicación. Sin embargo, esas manifestaciones tratan, normalmente, con una dimensión discursiva del nacionalismo, que no se agota en sí misma y que no puede abstraerse de la otra con la que se interrelaciona: la movilizadora. El nacionalismo no es sentimiento, sino, en todo caso, el significado compartido y expresado socialmente acerca de dicho «sentir». Y esa expresión comunitaria de la nación como cultura compartida entre individuos que se desconocen entre sí como mejor se manifiesta es mediante

la movilización. Ésta es la que mejor mide el grado en que se produce la «personalización» (banal o no) de todo nacionalismo.¹⁰ La identidad nacional no puede ser abstraída de la «acción», pues las naciones son «comunidades que hacen cosas juntas, toman decisiones, logran resultados, sin fin».¹¹ En ese eje entre discurso público, movilización y patriotismo estatal debe situarse la cuestión vasca durante la Transición. Es así como podrá valorarse en qué medida sus componentes movilizadores reforzaron (o no) el nacionalismo español.

La «Guerra del Norte»

La Transición tuvo como característica principal una cultura política de pacto, consenso y moderación (política y patriótica), en la que colaboraron tanto las élites políticas como la ciudadanía politizada. Huelgas y manifestaciones decrecieron durante el proceso de reforma, tanto por iniciativa popular como por voluntad de los partidos, con el fin de no tensionarlo. La culminación de esa política de asimilación de una nueva cultura política cívica fue la Constitución de 1978, auténtica «instantánea, tomada a la sombra de la dictadura, de los sentimientos



Logotipo de ETA

de los españoles acerca de qué y quiénes eran o se atrevían a ser en aquel momento».¹²

Este panorama un tanto idealizado pero fiel a lo que fueron los hechos en general, sólo se sostiene si se excluye la experiencia política vasca. Y es que el País Vasco se convirtió en una «excepción» política a ese proceso de democratización y reforma del Estado nacional, viviendo respecto de él una disociación en ritmos de reforma, demandas populares y prácticas políticas. Esta excepcionalidad residió en la fallida hegemonía que el nacionalismo vasco había alcanzado una vez entró en crisis el proyecto españolista nacional-católico, en los años sesenta, que desembocó en un comportamiento violento de su variante radical y revolucionaria, liderado por la organización ETA.¹³ El panorama democratizador vasco recorrió, así, un camino distinto al del resto de España: altísimo nivel de violencia terrorista y social de signo nacionalista, contrarrestada con una violencia institucional y parapolicial menor, pero muy remarcable en su difusión pública; intensas movilizaciones sociales, vampirizadas en fines y estrategias por el nacionalismo «incivil» que actuó bajo el paraguas del Movimiento de Liberación Nacional Vasco; polarización política reforzada por la definición, por parte del conjunto del nacionalismo vasco, de una gruesa frontera de identidad entre vascos y españoles; y, finalmente, un agente político disruptor como fue ese potente nacionalismo «incivil» que respaldó social y políticamente la estrategia de terror de ETA.¹⁴

Esta singularidad política tuvo como consecuencia una periodización retrasada e incompleta del proceso reformador que tuvo necesariamente que intensificar la representación pública de los vascos como comunidad diferente de los demás «pueblos de España». Y es que esa diferencia política y «psicológica» —en la que insistía la opinión de la época a la hora de razonar la «cuestión vasca»—, intensificada por el desajuste temporal que vivió el proceso democratizador respecto del resto de España, sólo podía reforzar aún más los discursos públi-

cos que singularizaban ese pueblo en tanto que comunidad primordial, de difícil encaje histórico en el Estado nacional.

No se trataba sólo de que esa singularidad política incidiera en una representación holística de lo vasco en la esfera pública, sino que sus propias causas interactuaron con dicha representación en beneficio de una banalización bélica del «problema vasco». La improvisación que guió la política de los Gobiernos de la UCD en materias sensibles a dicho «problema», como el orden público, la amnistía o la descentralización política del Estado incentivó su lectura ontológica por parte de los poderes públicos, en tanto que una «guerra» entre *Euskadi* y España. Y es que la representación bélica se adecuaba a la imaginación tópica que de esas tierras transmitía el nacionalismo vasco y que, históricamente, habían asumido las diversas variantes del nacionalismo español, por no hablar de que se ajustaba como un guante a la consideración positiva e idealizada de la pluralidad etno-nacional del Estado que tuvo lugar en la opinión pública de la época.¹⁵

Resultaba de una lógica espontánea, a la luz del perdurable tópico étnico vasco y de la necesidad de improvisar todo tipo de políticas (de orden público, descentralización, preautonomía, etc.) con que taponar la hemorragia cotidiana de vidas y haciendas generada por el terrorismo de ETA, reconocer en esta organización y sus simpatizantes políticos la manifestación de ciertos caracteres propios del «pueblo vasco». Entre ellos, uno de los más subrayados era su «tenaz» defensa de un concepto político que, inventado en tiempos de la Segunda República, llegó a sacralizarse en estos años: el «hecho diferencial». El «problema vasco» había derivado, según la opinión pública, en una situación de «guerra» que era la consecuencia de siglo y medio de violencia «vasca». Adolfo Suárez, declaraba en una de sus crónicas periodísticas Francisco Umbral, «en su orden de prioridades no olvida cada mañana eso que yo llamaría «la guerra del norte»». Una «guerra» en cuya representación

incidía la memoria histórica de su pretendido precedente decimonónico. Esta historificación del problema vasco fue muy expresa en el plano académico, especialmente en la nueva historiografía del País Vasco, pero también en la cultura popular de la sociedad de la época. Un ejemplo fue la evocación teatral que el escritor Emilio Romero elaboró del siglo diecinueve, en la que no faltaban las «guerras del norte» y su «nacionalismo vasco latente». ¹⁶

El tópico vasco y su imaginario bélico solventaban el desconocimiento público de los problemas profundos de la sociedad vasca, ayudaban a asimilar la imprevisión política con que se actuaba tanto desde el Gobierno central como desde las instituciones preautonómicas y facilitaban, en definitiva, una resolución de los problemas vascos según una estrategia basada en la búsqueda de resultados a corto plazo. En el pleno monográfico sobre terrorismo celebrado en el Senado en noviembre de 1978, el titular de Interior tuvo una agria polémica con Juan María Bandrés, senador de Euskadiko Eskerra, en la que pesaba la sombra de polémicos sucesos recientes de orden público, como las desafortunadas (y sangrientas) intervenciones policiales que habían tenido lugar en San Sebastián, Rentería y Pamplona. Estos sucesos habían intensificado en la opinión una representación bélica de la cuestión vasca que Rodolfo Martín Villa cuestionó recurriendo a la lógica política: «No estamos en una guerra civil abierta ni larvada. Estamos ante una necesidad de devolver a una población su dignidad *secular* para vencer con ella la locura de bandas criminales que, injustamente, se apellidan vascas». Sin embargo, dos años después, su sucesor, Juan José Rosón, ante una misma coyuntura conflictiva, llegaba a una conclusión opuesta: por debajo de la «violencia vasca» fluía un fenómeno «poco claro, dado que en 1873 ocurrieron sucesos idénticos a los de 1980, incluso la terminología usada entonces era la misma». Ya no es que hubiera una velada guerra, sino que ésta tenía un nebuloso pasado... Se trataba de una constatación historicista en

la línea de la que había efectuado, en las postimerías del franquismo, el Comisario General de Investigación Social, José Sáinz Rodríguez, «experto conocedor del tema vasco». ¹⁷

El problema vasco fue, así, reforzando su dimensión mítico-bélica en el debate público, incentivada por la cotidiana conflictividad político-social. La retroalimentación entre tópico romántico, imaginario bélico y estrategia política se convirtió en un mecanismo muy efectivo a la hora de conferir un único significado a sucesos muy complejos. Este mecanismo residía fundamentalmente en narraciones de difusión pública cuyo argumentario central era la existencia de un «conflicto» o «guerra» que partía el País Vasco en dos colectivos ideales: nacionalista y «españolista». ¹⁸ En esa narrativa (permeada de semiótica nacionalista) incidía la violencia cotidiana de ETA y la acción colectiva del nacionalismo radical, en forma de algaradas, manifestaciones y desórdenes públicos, representada según parámetros de auténtica insurrección popular a la que las fuerzas de orden público respondían con escasa medida. Y a esa violencia desde arriba se unía la de grupos parapoliciales «incontrolados», destinada a amedrentar a sectores sociales radicalizados, así como esporádicas acciones contraterroristas en las que participaban desde mercenarios de extrema derecha a miembros de servicios de inteligencia, militares juramentados en el cumplimiento de «deudas de honor», etc. ¹⁹

Esta doble violencia no era en absoluto proporcional, y distaba de poder ser clasificada según criterios bélicos, de bandos en conflicto. Agrupar la violencia de respuesta a ETA en una única estrategia política (no digamos patriótica) resulta una simplicidad injustificable. Sin embargo, en el espacio público de la época ese imaginario de confrontación bélica entre absolutos grupales brilló con intensidad. Así, muchos analistas concedían que en la sociedad vasca se había introducido «la lógica de la guerra y la estrategia de la movilización bélica». Una lógica que el Director del Departamento de Dere-

chos Humanos del Consejo General Vasco (el organismo preautonómico habilitado por el Gobierno de Adolfo Suárez) atribuía al nacionalismo radical vasco, pero también al «abuso de la fuerza desde el Poder, o tolerado desde el Poder» y a la nueva legislación antiterrorista.²⁰

Esa «lógica» de la que parecían ser co-responsables el Estado y ETA era la que incidía en la calificación de la violencia en el País Vasco como una «guerra civil larvada». De ahí que fuera común la advertencia acerca de una «ulsterización» del País Vasco, que el propio centro-derecha en el poder advertía que podía alcanzar a Navarra. Una «guerra civil» en la que los bandos eran representados de una forma patriótica tópica: españoles frente a «independentistas» (evidentemente, sin adjuntarse justificación alguna acerca del respaldo social «españolista» que pudiera tener la violencia «estatal»). Hasta tal punto llegaba la estética de ecos irlandeses, que una de las revistas más populares proponía, en una de sus crónicas del conflicto vasco, una delirante lectura conspirativa, en la que el Estado español buscaba generar, a través de su violencia legal e ilegal, una guerra civil, «con la esperanza de consagrar la división psicológica (*sic*) que se apunta en el País Vasco, provocando un enfrentamiento entre autóctonos e inmigrados en Vizcaya y Guipúzcoa». Por lo demás, crónicas y opiniones abundaban en que el conflicto era «casi una guerra» o una «guerra latente».²¹

Este tipo de representaciones respondían a una lógica nacionalista, especialmente en su insistencia en que existían dos bandos nacionales enfrentados militarmente. Esa lógica, sin embargo, no tenía que ser expresamente españolista (entre una crónica de *Interviú* y una opinión de *El Imparcial* mediaba un abismo ideológico y patriótico). Se trataba, muchas veces, de un nacionalismo vasco *simpático* exhibido por medios de comunicación ubicados en la capital de España y por partidos políticos de ámbito estatal (no necesariamente de orientación izquierdista).²² Y es que si el discurso del nacionalismo vasco

convertía la violencia en el «Norte» en el resultado de dos naciones enfrentadas, y asociaba la de ETA a una respuesta de la nación vasca (o, como se insistía con más intensidad, el «pueblo vasco») a una agresión externa, ello requería que ésta fuera fruto de otro nacionalismo «españolista». Y así fue aceptado ampliamente por la opinión pública en España.

De todas formas, el nacionalismo no sólo es discurso sino, también, movilización. Puede existir sólo el primero, pero entonces será un fenómeno débil, pues es la movilización la que le confiere entidad. Por eso, si existía un contexto de violencia movilizadora y una cultura nacionalista más o menos soterrada en la opinión pública española (en la que el nacionalismo vasco parecía pesar tanto o más que el propiamente español), lo lógico es que se hubiera dado una consecuente experiencia de movilización patriótica.²³ El emplazamiento del nacionalismo es la retaguardia, no la trincherera. Sus fines son la propaganda, la definición de conciencias y la movilización política, no el combate militar. Su reproducción tiene lugar en ese «frente doméstico» (alimentado por estereotipos, imágenes y prejuicios) en que se convierte el espacio público en una coyuntura bélica. Es en ese frente en donde debe ubicarse la movilización patriótica. Así pues, frente a lo que se comprendió entonces (y muchos aún defienden hoy día), la violencia antiterrorista en el País Vasco (fuera legal, alegal o abiertamente ilegal) no era una indicación de conflicto entre nacionalismos. Lo que realmente indicaría dicho conflicto sería la intensidad de la movilización social identitaria que respaldara esa violencia en su dimensión legítima e, incluso, ilegítima. Dicha intensidad reflejaría, asimismo, la entidad de esa «guerra del norte» como mito movilizador del nacionalismo español.²⁴

Una guerra muy poco «patria»

Y el caso es que esa intensidad fue de un grado menor, si no prácticamente inexistente. Las

movilizaciones contra el terrorismo vasco durante la Transición fueron escasas –no digamos contra el nacionalismo vasco, inexistentes–, al menos en lo que compete a los sectores políticos mayoritarios que aquí se abordan, no a ese porcentaje decreciente de simpatizantes de las posiciones de ultraderecha o de la derecha más conservadora. En esta vertiente sociológica las movilizaciones adquirieron un significado muy importante, como mecanismos de socialización de un nacionalismo en fase terminal. Todo lo contrario de lo que pasó en los sectores políticos mayoritarios, de derecha e izquierda, localizables en el espectro de votantes de UCD, PSOE o PCE, que estaban procediendo a reelaborar una identidad nacional con poca capacidad movilizadora.

Y es que de haber sido la conflictividad vasca una auténtica experiencia «bélica», ésta hubiera generado una acción colectiva patriótica. Esta acción se refiere a las diversas iniciativas que tendrían como fin la agrupación de ciudadanos anónimos en torno a la celebración de la común identidad nacional frente a un enemigo «terrorista» o «vasco». Estas iniciativas consistirían en el uso colectivo de un repertorio de símbolos, emblemas y rituales dirigidos a generar una emoción patriótica, y hubieran tenido que tener un papel muy importante en un panorama que era presentado como una guerra entre patriotas españoles (españolistas) y antipatriotas (nacionalistas vascos); si no como un conflicto armado de los vascos contra España que, además, amenazaba con conducir a una vuelta de los militares al poder. Y, pese a este panorama, dicha acción colectiva se redujo a un puñado de manifestaciones que lo que más resaltaron fue la ausencia de repertorio españolista alguno.

En primer lugar, la práctica totalidad de las movilizaciones tuvieron lugar en el País Vasco, y fueron respaldadas por representantes de los dos supuestos bandos en «conflicto». Todas ellas se celebraron en un ambiente conciliador, sólo roto por las provocaciones de la comunidad incivil identificada con ETA. La modalidad

fue variada: bien la celebración de una manifestación de repulsa por una acumulación de hechos violentos o por alguno especialmente relevante, bien la conversión del ritual de duelo por una víctima (civil o política) en manifestación pública de rechazo al terrorismo vasco. En ellas hubo escasas exhibiciones de signos patrióticos y, cuando las hubo, éstas fueron de signo vasco. Así, en la manifestación de octubre de 1978 preparada por el PNV, fue este partido el que introdujo rituales y símbolos propios, incluido su himno de partido, en una manifestación unitaria a favor de la paz y contra la «violencia», que contó con la *ikurriña* como único emblema nacional. En el entierro de Germán González, militante socialista asesinado por ETA un año después, PSOE y UGT, organizaciones en las que militaba, hicieron uso de un repertorio simbólico mitad de clase, mitad vasquista. Así, el féretro fue cubierto con una bandera roja con las siglas de ambas, se exhibieron *ikurriñas* y el acto finalizó con el canto de *La Internacional* y de uno de los himnos clásicos del nuevo nacionalismo vasco: el *Eusko Gudariak*. Los gritos y consignas tuvieron como referencia una ETA a la que se consideraba «fascista» y se separaba del «pueblo vasco» y la «clase trabajadora». Cuando en julio del año siguiente PSOE y PCE celebraron, en Bilbao, una manifestación en repudio de ETA y en «solidaridad con los pueblos hermanos de España», la realidad nacional de ésta volvió a desaparecer del repertorio simbólico, en donde lo que se exhibieron fueron «banderas de las distintas regiones y nacionalidades». Finalmente, cuando la movilización tuvo como origen una víctima «de derechas» y vinculada al partido en el gobierno, como fue el caso de las manifestaciones en protesta por el asesinato del concejal de UCD, Juan de Dios Doval, el silencio simbólico resultó absoluto: no hubo banderas, ni emblemas, ni himnos, ni siquiera gritos o consignas... En todo caso, el emblema unitario fue siempre la *ikurriña*, como en las multitudinarias manifestaciones con motivo del asesinato del ingeniero José María Ryan, en febrero de 1981.²⁵

Poca conexión existía, pues, entre la guerra entre nacionalismos que se representaba y el hecho de que uno de ellos fuera silente, incluso a la hora de homenajear a sus pretendidas víctimas. El nacionalismo español no existía en tierras vascas, por mucho que la violencia de ETA fuese dirigida contra España en tanto que democracia, según lectura común de la opinión pública y política. Es más, cuando la movilización tenía como fin la honra de una víctima asesinada por ser «española» y, por lo tanto, «enemiga del pueblo vasco» (como apuntaba la periódica justificación de atentados que ETA comunicaba, y los medios de comunicación se apresuraban a difundir y razonar), la protesta por estos asesinatos no reproducía dicha lógica nacionalista, pues el repertorio simbólico al que se recurría, en todo caso, era el del nacionalismo vasco, que era el único que aparecía con legitimidad para ser exhibido y con auténtica facultad integradora, incluso para aquéllos que no simpatizaban con él. Así, lo que estas movilizaciones presentan es un fenómeno que, de ser calificado según baremos patrióticos, sólo puede serlo como un «no nacionalismo», expresión social de una identidad caracterizada por la ausencia explícita de otro repertorio patriótico que no fuera el vasquista, por mucho que éste distara de agotar la representación colectiva de la identidad vasca, como los resultados electorales se empeñaban en mostrar periódicamente.²⁶

El mismo fenómeno «no nacionalista» tuvo lugar fuera del País Vasco. Cuando las calles de la capital de España se llenaron de ciudadanos reunidos con el fin de protestar contra la violencia vasca, de nuevo brilló poco la consideración de pertenecer a una nación atacada por un enemigo terrorista. La dinámica de abandono de cualquier repertorio patriótico había tomado cuerpo recientemente, en la marcha convocada por asambleas de trabajadores y centrales sindicales para protestar contra el atentado de orientación ultraderechista que había tenido lugar contra el periódico *El País*, en octubre de 1978. En su transcurso, un ciudadano fue

agredido por portar una insignia con la bandera nacional. El episodio ilustra un camino, el de la ausencia de emblemas patrióticos por su asimilación a la cultura ultraderechista, que volvió a ser recorrido en las grandes manifestaciones celebradas en toda España el 10 de noviembre de ese año en contra de ETA, convocadas por partidos de izquierda y centrales sindicales en un clima de intensa violencia terrorista, con el respaldo explícito del Gobierno.²⁷

La alternativa al terrorismo era, según el eslogan de la manifestación más multitudinaria de todas ellas (la celebrada en Madrid, con cerca de 250.000 asistentes), «la democracia». Nada más. No había alusiones a la patria, salvo, en todo caso, la alusión velada que se hacía a «la unidad de los pueblos de España». Tampoco se exhibieron emblemas ni símbolos que permitieran conferir a esta gran movilización signifiante alguno de índole patriótica. Únicamente se portaron «dos banderas nacionales» que exhibió «uno de los sectores del PCE». Por lo demás, fue la militancia política en unos u otros partidos la que procuró la filiación identitaria, al menos en el campo de los símbolos: banderas de la UCD con fondo blanco, y del PSOE y PCE, con fondo rojo. Si existía algún antagonismo en el planteamiento de esta movilización, ése no fue, desde luego, el marcado entre vascos y españoles, ni siquiera entre ETA y la nación, sino el marcado por civilidad e incivildad, y en ese primer bando cabían todo tipo de naciones. De hecho, la prensa mostró la abundante presencia de ikurriñas «en todo momento muy aplaudidas», no en vano era una «manifestación convocada en apoyo y solidaridad con el pueblo vasco, máximo afectado por el terrorismo», como rezaban dos de los lemas de la marcha.²⁸

Los eslóganes y consignas coreados en esa jornada de movilización revelaron, sin embargo, la extrema pobreza del repertorio cívico que pretendía asociarse al ideal de democracia, el único al que, en ausencia de un patriotismo integrador, se acudía como materia de identidad colectiva. Y, revelaron, especialmente, la

brumosa consideración que se tenía de ETA en tanto que amenaza mayor a esa identidad nacional diluida en el concepto de «democracia» y «pueblos de España». Las crónicas destacaron cómo por primera vez la izquierda y la derecha habían marchado juntas en una protesta común contra el terrorismo. Pero algunas, muy pocas, las más intuitivas, también apuntaron la dificultad con que la ciudadanía catalogaba el peligro que representaba ETA de cara a la consolidación de la democracia en España. El concepto de terrorismo era fácil de identificar con la ultraderecha, pero era más difícil de encajar en reivindicaciones nacionalistas periféricas y, además, «de izquierdas», por muy incivil que fuera la forma en que éstas se expresaran: «Mientras los gritos de los manifestantes se prodigaban con descaro contra el terrorismo ultraderechista con frases como «Vosotros, fascistas, sois los terroristas» y otras alusiones al líder de Fuerza Nueva, sólo tímidamente se decía «Vascos sí; ETA, no» y, como mucho, «ETA, ETA, ETA, deja la metralleta». Parece como si aún se tuviera miedo a llamar a las cosas por su nombre y se acude al eufemismo. A veces, parece, no se dice lo que se siente. El caso es que ayer seguimos sin oír el grito que hacía falta: «ETA, terrorista; ETA, asesina».²⁹

Un dato final digno de considerar acerca de la apatía patriótica generada por la «guerra del norte» es el proporcionado por ese espacio paradigmático de la narrativa de la nación que eran las tribunas parlamentarias. En tiempos pasados, éstas bulleron de agitación antivasca inflamada de patriotismo, algo lógico en un espacio que simbolizaba la soberanía nacional.³⁰ Sin embargo, durante estos años, ni la justificación o comprensión que tuvieron los atentados de ETA por parte de los portavoces vasquistas que ocupaban esas tribunas, ni la impostura con que las demandas de autogobierno y reparación histórica fueron convertidas por muchos de esos diputados en receta taumatúrgica que cerraría el nuevo ciclo de «violencia vasca», ni siquiera la insistencia en demandas inadmisibles

para la causa de la nación —caso del derecho de autodeterminación— consiguieron enardecer el sentimiento patriótico de los representantes del «pueblo español». No hubo en los debates parlamentarios de esos años ningún planteamiento «confrontacional» por parte de las clases políticas que lideraron el proceso democratizador. Los discursos políticos recogidos en el Congreso y el Senado, tan condicionados como estuvieron por la «crisis vasca», si de algo carecieron fue de un común nacionalismo estatal que confrontara no ya con «los vascos», sino con el propio terrorismo.

Incluso aquéllos que pasaban por ser los portavoces más irreductibles de las esencias patrias, caso de los portavoces de Alianza Popular, no tuvieron empacho en adoptar la nueva retórica plurinacional de la Transición, honrando a «Euzkadi» y el resto de «pueblos de España», como fue el caso de Licinio de la Fuente. El mismo Manuel Fraga, acusado de ser «portaestandarte de la bandera española» por su obsesión por desagrararla ante sus periódicas quemadas callejeras o la ignorancia que se le tributaba en el espacio público, pudo mantener duros enfrentamientos dialécticos con algunos parlamentarios vasquistas, caso de Francisco Letamendía, pero éstos resultaron más espontáneos que fruto de cualquier estrategia de confrontación identitaria que hubiese diseñado su partido.³¹ Es más, quien llegó a reivindicarse como «conciencia de España» en esos debates tuvo iguales o peores enfrentamientos con parlamentarios que, no siendo explícitamente nacionalistas vascos, mostraban una asimilación perfecta de esa identidad. Así, en uno de esos episodios, el parlamentario José María Benegas se burló del exhibicionismo patriótico del portavoz de AP, que le llevaba a lucir tirantes con la enseña nacional, confesando cómo sus compañeros del grupo socialista escuchaban con escepticismo glosas a una bandera cuyos «colores se utilizan para sujetarse los pantalones». Además, insistió en comparar la obsesión de Fraga por la rojigualda con las críticas que

había hecho en el pasado a la ikurriña, símbolo de los vascos que este diputado buscó insistentemente honrar.³²

Cuando, en otra jornada, uno de los portavoces del Gobierno, Óscar Alzaga, inició una intervención en respuesta a las inquisitorias de dos parlamentarios vascistas confesando su voluntad de ser «lo menos polémico posible», esta espontánea confidencia simbolizó perfectamente la pérdida de pulso del factor patriótico en el debate vasco. El patriotismo español, al menos en su dimensión oposicional, de confrontación con la identidad vasca, había quedado apartado de una cultura política fundada en la mitificación de valores cívicos como la concordia y la paz, la amnesia y el perdón, el consenso y la reconciliación, así como en un tácito reconocimiento de la plurinacionalidad del Estado español. De hecho, frente a la seriedad y circunspección con que todo nacionalista trata los asuntos relativos a la patria y sus aflicciones, el humor ocupó un lugar muy importante en el quehacer cotidiano de los «padres de la patria» hispana en aquellos tiempos constitucionales (alguna de las humoradas contemporáneas del senador Camilo José Cela ha llegado a pasar a la historia del chascarrillo popular). Hasta tal punto fue así, que uno de los cronistas parlamentarios más renombrados llegó a solicitar más circunspección en un hemicycleo «iluminado por el reflejo de una navaja barbera».³³

En definitiva, las tribunas del Congreso de los Diputados durante los «años de plomo» cuestionan la tesis de Greenfeld de que la fabricación de la democracia implica la de un nacionalismo que la sostenga en el debate público y político, al estar ambos fundados en un mismo mito: el del pueblo soberano. En un problema tan hiriente en la política de la Transición como el vasco, tanto el espacio democrático de la movilización social como el del discurso político abandonaron cualquier expresión de nacionalismo español. Esta moderación no se contradice con el surgimiento, en este último ámbito, de episódicas manifestaciones públicas

de frustración dirigidas contra el «pueblo vasco». Y es que si el problema vasco no dinamizó el nacionalismo español, sí debe concederse que fue imaginado desde su óptica, que era la misma que la del vasco. La banalización nacionalista que se hizo de la identidad vasca condujo a una identificación del problema con las requisitorias de autogobierno y amnistía. Y cuando estas demandas fueron satisfechas y la problemática violenta no disminuyó, el entusiasmo vasquista de la opinión derivó en episódica cólera pública, mal contenida, contra «los vascos», que tenía su solapada carga patriótica.³⁴

Conclusiones

El escaso impacto patriótico de la cuestión vasca en la clase política y opinión pública confirma la tesis historiográfica que defiende que la identidad nacional española vivió, durante la Transición, una «crisis de legitimación».³⁵ Crisis que se manifestó de forma expresa en los partidos de izquierda, que habían abrazado la causa de los nacionalismos periféricos en el tardofranquismo. Pero también en la derecha más centrada, que hubo de lidiar con una democratización de su perfil político (y, consecuentemente, de su cultura patriótica) mucho más difícil, dados sus orígenes autoritarios. Esta crisis generó una «dejación de España» en el espacio público que fue proporcional a la «atracción» que ejercieron otras comunidades nacionales periféricas, revestidas de legitimidad antifascista y atractivo etno-romántico.³⁶ La vasca fue un caso paradigmático, como muy bien refleja el tratamiento que hizo la opinión pública de su problemática política y violenta.

Sin embargo, este tratamiento público del problema vasco cuestiona o, cuanto menos, matiza otra tesis más propia de la teoría social: la de que la identidad nacional resulta más fácilmente «personalizada» en contextos bélicos o sucedáneos. Por dichos «sucedáneos» deben entenderse ciertos contextos en que, sin haber un conflicto bélico expreso, la aparición espo-

rádica o permanente de una intensa violencia colectiva facilita tal percepción.³⁷ En ambos casos, la intensidad de emociones colectivas que genera la atmósfera de violencia colectiva tiende a incentivar repertorios de discurso y movilización nacionalista que (asimilando el patrón de la propaganda bélica) construyen la exclusión como inclusión, como cauce de cohesión del grupo nacional, que se dota de atributos visibles en su contraste con el «enemigo».³⁸ Ello favorece la movilización de los «patriotas» y facilita la conversión en tales de ciudadanos que, hasta entonces, podían haber mostrado escasa inquietud nacionalista. Sin embargo, a la luz de los hechos reseñados, no parece que la «guerra vasca» adoptara dicha función de didáctica patriótica.

Durante la Transición, el País Vasco se convirtió en el principal problema político y territorial del Estado. Los sucesos que tuvieron lugar en esas tierras, marcados por una intensa violencia nacionalista, influyeron en asuntos de extraordinario calado para la naciente democracia, como fueron las leyes de amnistía, la organización territorial del Estado o el tratamiento político de las demandas nacionalistas. Esa influencia fue tal que la problemática vasca llegó a incidir enormemente en la justificación y motivos de aquéllos que decidieron, el 23 de febrero de 1981, que la aventura democrática debía ser, cuanto menos, seriamente reconducida. En este proceso desempeñó un papel muy importante la representación de su conflictividad política mediante un imaginario bélico, que incidía en una dimensión externa del problema: España frente a los vascos. Dicho imaginario fue muy efectivo en el terreno de las representaciones colectivas, pero resultó muy poco útil como instrumento de resolución de los problemas auténticos de los vascos. El tópico de la violencia vasca y su banalización bélica funcionó como un mito, cuyo fin primordial no era solucionar el problema del terrorismo y la reivindicación nacionalista, sino hacerlo asimilable por la ciudadanía, construyendo una imagen uniforme de

una sociedad muy fracturada, de factura política reciente, múltiple sociología y variada identidad (y patria). Esa diversidad dificultaba cualquier acción política presidida por el corto plazo y la improvisación. Y, curiosamente, esta estrategia fue la característica de la política de aquellos años. Así, la representación bélica del problema vasco fue un recurso político instrumental con que conferir explicación unitaria a una violencia nacionalista que ponía en peligro el éxito del proceso democrático y la cohesión del Estado nacional.

Los vascos desempeñaron el papel, durante la Transición, de recordatorio de los males históricos de una España cuya nueva clase política aspiraba, una vez más, a recuperar su perdida esencia. Una esencia que, a estas alturas de siglo, no se buscaba que fuera católica o liberal, sino democrática, autonómica y plurinacional. Por ello, sus demandas identitarias, bien gestionadas por el nacionalismo vasco, recibieron amplia comprensión, que se vio tanto más reforzada cuanto más intensa fue la violencia que se asoció a ellas. La debilidad del contenido oposicional del nacionalismo español resultó equilibrada por la experiencia contraria vivida por el vasco, que centró su cultura hegemónica y su política de identidad en la oposición grupal. Lo que perdió el uno, debido al hastío generado por el franquismo, lo ganó en los años de la Transición el otro. Ello permitió una paradójica reducción de la violencia real que asoló esas tierras, dado que ésta fue desplegada únicamente por una comunidad nacionalista, la vasca, no por la identificada con el Estado nacional, que se conformó con un ejercicio progresivamente depurado, en sus aristas de ilegalidad o alegaldad, de la violencia institucional legítima; todo un aprendizaje democrático que, probablemente, tuvo su dimensión patriótica, que está por estudiar.

Toda retórica nacionalista es una llamada a la acción del colectivo nacional, cuya medida apropiada estará en función de la naturaleza de la pérdida «patriótica».³⁹ La inexistencia de

una acción colectiva españolista por influjo de la violencia vasca en estos años refleja la dubitativa naturaleza patriótica que tuvo en el debate político la pérdida de vidas y los estragos generados por el terrorismo de ETA. Pero, sobre todo, muestra el débil nacionalismo de la clase política democrática, que no hizo llamada efectiva alguna a la acción patriótica. Por supuesto, hubo nacionalismo español frente a los vascos. Un nacionalismo que recurrió intensamente, como el vasco, al imaginario de guerra civil y de conflicto armado. Pero no fue el de la mayoría socialdemócrata o de centro-derecha, sino el de la ultraderecha o la derecha más conservadora. Su reacción ante la violencia vasca requiere de un análisis monográfico aparte, pues fue intensamente patriótica, pero en una fase terminal, como era la que vivía el nacionalcatolicismo militarista y autoritario que iba fosilizándose en los espacios cuarteros y búnkeres mediáticos.

Ese nacionalismo español actuó desde fuera de una cultura política institucional que se limitó a asimilar la violencia nacionalista vasca a patrones de tragedia y sacrificio colectivos, destinados no a la movilización sino a una consolación pasiva de la ciudadanía, imbuida de valores cívicos (¿«patrios»? de paz, reconciliación y esperanza. A esa retórica de ecos religiosos recurrió la clase política (y la propia opinión pública) en sus condenas de la violencia terrorista. Como mostraba una expresiva caricatura de Máximo San Juan, el País Vasco era el cementerio de España, una nueva tierra de martirio donde la nación ventilaba sus últimas cuentas con su trágico pasado.⁴⁰ No existían culpas concretas (o, al menos, éstas no eran de los vascos, ni la nación se veía libre de ellas), sino una inmensa culpa colectiva, producto de un pasado conflictivo que no podía volverse a repetir. Ese sentimiento de culpa colectiva sería hábilmente gestionado por la clase política como respaldo a su reforma democratizadora y descentralizadora guiada, al modo azañista, por la senda de la paz, la piedad y el perdón. La misma senda que proclamaba la televisión pú-

blica en su crónica periódica de la matanza en el norte, difundiendo un mensaje de serenidad ciudadana y de «mira[r] hacia atrás sin ira». Un mensaje que, como mucho, pasaba por convertir a las víctimas en mártires involuntarios en aras de una España democrática, cuando no, simplemente, en ignorarlas.

El terrorismo de ETA creó en la Transición un ambiente político de expiación colectiva. Nadie estaba preparado para ver esa violencia en su carácter más frío y desnudo, ni para evaluar la responsabilidad que en su propagación tuvo una fracción importante de la nueva clase política vasca o estatal, así como un fragmento sociológico no desdeñable de la sociedad vasca, imbuido de una práctica política furiosamente incivil. Era necesario proporcionarle un tono expiatorio y catártico respecto de una dictadura nacionalcatólica amenazadoramente cercana, que recababa todas las culpas (junto con la nación que había exaltado) respecto de estos sucesos. Así es como la violencia terrorista llegó a ser asimilada por sus propias víctimas, como reflejaron sus confesiones públicas contemporáneas. Puede que ésta fuese otra forma, particularmente singular, de personalización de la nación española, por la vía del sufrimiento y la generosidad cívica. Si lo fue, no redundó en la formación de nacionalismo alguno, sino que, a lo sumo, mitigó una sensación de vacío personal que es dudoso que la avergonzada identidad nacional de entonces consiguiera rellenar. Quizá porque lo que tocó a España en esos años fue el ser una nación silente, una patria «invisible».⁴¹

NOTAS

- ¹ MOLINA, Fernando, «El vasco o el eterno separatista: la invención de un enemigo secular de la democracia española, 1868-1979», en X. M. Núñez y F. Sevillano (eds.), *Los enemigos de España: imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Madrid, CEPC, 2009, en prensa.
- ² MOLINA, Fernando, «The Historical Dynamics of Ethnic Conflicts: Confrontational Nationalisms, Democracy and the Basques in Contemporary Spain», *Nations and Nationalism*, en prensa.

- ³ CALHOUN, Craig, *Nationalism*, Minneapolis, University of Minnesota, 1997, p. 8.
- ⁴ FARALDO, José María, «Modernas e imaginadas. El nacionalismo como objeto de investigación histórica en las dos últimas décadas del siglo XX», *Hispania*, LXI/3, n.º 209, 2001, pp. 943-944, 947-949; GREENFELD, Liah, *Nacionalismo. Cinco vías a la modernidad*, Madrid, CEPC, 2005.
- ⁵ El nacionalismo español como ideología en BALFOUR, Sebastian y QUIROGA, Alejandro, *España reinventada. Nación e Identidad desde la Transición*, Barcelona, Pamplona, 2007, pp. 12, 23-25 y NÚÑEZ SEIXAS, Xose Manoel, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 18-21. Quizá sea la dimensión de discurso la que mejor se adapta a un manejo amplio del concepto de ideología, tal y como hace actualmente el análisis académico de este fenómeno, y así puede encontrarse en trabajos de este último como «Patriotas y demócratas: sobre el discurso nacionalista español después de Franco (1975-2005)», *Gerónimo de Ustáriz*, n.º 20, 2004, pp. 46-47 o, más explícitamente, en «Conservadores y patriotas. El nacionalismo de la derecha española ante el siglo XXI», en TAIBO, Carlos (ed.), *Nacionalismo español. Esencias, memoria e instituciones*, Madrid, La Catarata, 2007, pp. 159-191.
- ⁶ Hay auténticos maestros en el arte de utilizar el nacionalismo español como arma política arrojada, sin voluntad de depurar su significado conceptual, por ejemplo, TAIBO, Carlos, «Sobre el nacionalismo español», en Taibo (ed.), *Nacionalismo español*, pp. 11-48.
- ⁷ Sólo a modo de ejemplo, NÚÑEZ SEIXAS, «Patriotas y demócratas», p. 50; BALFOUR y QUIROGA, *España reinventada*, pp. 23-24. Una aplicación de las tesis de este sociólogo británico a la España del presente en MARTÍ, Manuel, «La rutina nacional. La reproducción social de la identidad nacional en las sociedades posindustriales», en T. Carnero y F. Archilés (eds.), *Europa, Espanya, País Valencià. Nacionalisme i democràcia*, Valencia, PUV, 2007, pp. 99-109.
- ⁸ Véase TAIBO, «Sobre el nacionalismo español», pp. 43-46 y BASTIDA, Xacobe («La senda constitucional: la nación española y la Constitución», en C. Taibo (ed.), *Nacionalismo español*, pp. 117-118. Éste es el camino conceptual que ha permitido convertir la violencia de ETA en el resultado de un pulso histórico entre el nacionalismo español y el vasco, convertidos nada menos que en los sujetos absolutos de la historia vasca: según propone WATSON, Cameron, *Basque Nationalism and Political Violence: the Ideological and Intellectual Origins of ETA*, Reno, Center for Basque Studies, 2007, pp. 25 y ss.
- ⁹ MOLINA, Fernando, «Realidad y mito del nacionalismo español: bibliografía reciente y estado de la cuestión», *Historia y Política*, n.º 21, 2009, pp. 275-289.
- ¹⁰ El proceso de «personalización» de la nación en COHEN, Anthony «Personal Nationalism: a Scottish View of Some Rites, Rights, and Wrongs», *American Ethnologist*, vol. 23, n.º 4, 1996, pp. 802-815; y FARALDO, José María, *Europe, Nationalism, Communism. Essays on Poland*, Frankfurt Am Main, Peter Lang, 2008, pp. 7-8. Se trata de un proceso que no tiene por qué encajar obligatoriamente en la tesis del nacionalismo banal, al contrario, puede llegar a cuestionarla, como defiende en MOLINA, «Realidad y mito del nacionalismo español», p. 285.
- ¹¹ MILLER, David, *On Nationality*, Clarendon Press, Oxford, 1995, pp. 22-26.
- ¹² BALFOUR y QUIROGA, *España reinventada*, p. 90.
- ¹³ DESFOR EDLES, Laura, *Symbol and ritual in the new Spain. The transition to democracy after Franco*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 122-138; CONVERSI, Daniele, *The Basques, the Catalans and Spain. Alternative Routes to Nationalist Mobilisations*, Londres, Hurst & Company, 1997.
- ¹⁴ MURO, Diego, «The Basques after Franco: Transition Politics in a Divided Nation», en D. Muro y G. Alonso (eds.), *The Politics and Memory of Democratic Transition. The Spanish Model*, Londres, Routledge, 2009, en prensa; CASQUETE, Jesús, «Protest Rituals and Uncivil Communities», *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 7, n.º 3, 2006, pp. 283-301 y *El poder de la calle. Ensayos sobre acción colectiva*, Madrid, CEPC, 2006, pp. 171-197.
- ¹⁵ MOLINA, «El vasco o el eterno separatista», cit.
- ¹⁶ Francisco Umbral, «La España necesaria», *El País*, 8-2-1980; *El País*, 21-12-1980.
- ¹⁷ Las referencias, sucesivamente en *ABC*, 8-11-1978 [la cursiva es mía, F.M.A., y creo que refleja la retórica tópica que acompañaba la evocación pública de un pueblo vasco que, bajo sus ropajes seculares, presentaba una factura política novísima]; MACCLANCY, Jeremy, *The Decline of Carlism*, Reno: University of Nevada Press, 2000, p. 236; PORTELL, José María, *Los hombres de ETA*, Madrid, Dopesa, 1974, pp. 282-283.
- ¹⁸ MOLINA, «The Historical Dynamics of Ethnic Conflicts», cit.
- ¹⁹ PÉREZ, José Antonio y CARNICERO, Carlos, «La radicalización de la violencia política durante la Transición en el País Vasco. Los años de plomo», *Historia del Presente*, n.º 12, 2009, pp. 111-128.
- ²⁰ Jose Ramón RECALDE, «Política y violencia en Euskadi», *El País*, 21-7-1978.
- ²¹ El Ulster vasco y sus ilusorios nacionalismos enfrentados en Abel Hernández, «La democracia en peligro», *Informaciones*, 12-7-78; José María Ruiz Gallardón, «Reflexiones después de un referéndum», *El Imparcial*, 8-12-1978; «Rebelión de los azules», *Diario 16*, 21-1-1977, «Totalitarismo ETA», *Diario 16*, 20-12-77; y declaraciones de Jaime Ignacio del Burgo a *ABC*, 9-11-1977. La crónica periodística aludida en Francisco J. Urrutia, Itziar Castillo y Juan A. Hervada, «La feria de la abstención», *Interviú* 21-12-1978, pp. 98-101. La tipificación del conflicto como una «guerra» protagonizada por «los vascos» aparece explícita en la impactante portada de *Diario 16*, 16-5-1977 y, en su matiz «latente», en la crónica de *Interviú*, p. 100.
- ²² En la línea del «nacionalismo ingenuo» subrayado por BÉJAR, Helena, *La dejación de España. Nacionalismo, desencanto y pertenencia*, Madrid, Katz, 2008, pp. 263-264.
- ²³ LAVINGER, Matthew y FRANKLIN, Paula, «Myth and

- Mobilisation: the triadic structure of nationalist rhetoric», *Nations and Nationalism*, n.º 7 (2), 2001, pp. 177-178.
- ²⁴ El «frente doméstico» en NAGLER, Jörg, «Loyalty and Dissent: The Home Front in the American Civil War», en S. Förster y J. Nagler eds.: *On the Road to Total War. The American Civil War and the German Wars of Unification, 1861-1871*, Cambridge, German Historical Institute/Cambridge UP, p. 333.
- ²⁵ *Cambio 16*, n.º 361, 5-11-78, pp. 30-31; *Diario 16*, 29-10-1979; *ABC*, 30-10-1979; *Diario 16*, 10-7-1980; *Diario 16*, 3-11-1980; *El País*, 4-11-1980; *El País y ABC*, 10-2-1981; *ABC*, 11-2-1981.
- ²⁶ FUSI, Juan Pablo, *Identidades proscritas: el no nacionalismo en las sociedades nacionalistas*, Barcelona, Seix Barral, 2006. La desaparición de la cultura patriótica españolista en el País Vasco de la Transición en HEIBERG, *The Making of the Basque Nation*, pp. 109-117.
- ²⁷ *El Alcázar*, 1-11-1978; *Diario 16*, 31-10-1978.
- ²⁸ *Diario 16*, 9-11-1978, 10-11-1978, 11-11-1978; *El País*, 11-11-1978.
- ²⁹ «Manifestación de todos», *Diario 16*, 11-11-1978; crónica del aparato simbólico exhibido en *El País*, 11-11-1978. El grado de distorsión entre significante y significado de la movilización llegó al extremo de que los gritos de «fascistas terroristas» fueron hechos en contra de los militantes que habitaban unos bloques de viviendas por los que pasó la marcha. Los mismos militares que ETA asesinaba o mutilaba, a cientos, en esos años de plomo...
- ³⁰ MOLINA, «El vasco o el eterno separatista», cit.
- ³¹ El discurso de de la Fuente en *Diario de Sesiones del Congreso*, 12 de mayo de 1978, pp. 2269-2273. La acusación a Fraga de ser «portaestandarte» en el pleno sobre Orden Público de 23 de diciembre de 1977, una cuidada crónica de éste en *Arriba*, 24-12-1977.
- ³² Polémica en torno a la enseña nacional y vasca entre Fraga y Benegas en *Diario de Sesiones del Congreso*, 18 de julio de 1978, pp. 4346-4357, y de Fraga con Letamendía y Arzallus (acusando, al primero, de ser «portavoz de ETA») en *ibid.*, 9 de mayo de 1978, pp. 2110-2111. La ostentación nacionalista que Fraga se arrogó en estos debates como «conciencia de España» en *El País*, 19 de julio de 1978 y 20 de octubre de 1978.
- ³³ La observación de Alzaga en *Diario de Sesiones del Congreso*, 11 de mayo de 1978, p. 2183. La crónica aludida, que se refería al peligro de involución militar, en Manuel Vicent, «El terrorismo de la risa», *El País*, 25-9-1977.
- ³⁴ He mencionado algún ejemplo en MOLINA, «El vasco o el eterno separatista», cit., y podrían añadirse muchos otros, a cargo de periodistas como Jaime Campmany, Carmen Rico-Godoy, etc.
- ³⁵ NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel, «What is Spanish nationalism today? From legitimacy crisis to unfulfilled renovation (1975-2000)», *Ethnic and Racial Studies*, vol. 24, n.º 5, 2001, pp. 722-724. También SEPÚLVEDA, Isidro, «El Estado de las Autonomías y los nacionalismos», en J. Tusell (coord.), *La Transición a la democracia y el reinado de Juan Carlos I*, Historia de España de Menéndez Pidal, Madrid, Espasa, 2005, pp. 562-563 y, como constatación general, PÉREZ DÍAZ, Víctor, *La primacía de la sociedad civil. El proceso de formación de la España democrática*, Madrid, Alianza, 1993.
- ³⁶ NÚÑEZ SEIXAS, «Patriotas y demócratas», pp. 48-56 y «Conservadores y patriotas», pp. 159-164; BEJAR, *La dejación de España*, pp. 36-44, 83-93, 141, 268-269; DE BLAS, Andrés, «La izquierda española y el nacionalismo. El caso de la Transición», *Leviatán*, 31, 1988, pp. 71-85; SÁNCHEZ CORNEJO, David, «De la república federal de las nacionalidades que integran el estado español a la idea de España como nación de naciones: el discurso del PSOE sobre la cuestión nacional entre el congreso de Suresnes y la Constitución de 1978», en C. Navajas y D. Iturriaga (eds.), *Crisis, dictaduras, democracia*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2008, 363-374; QUIROGA, Alejandro, «Amistades peligrosas. La izquierda y los nacionalismos catalanes y vascos (1975-2008)», *Historia y Política*, n.º 20, 2008, pp. 99-105.
- ³⁷ El caso más sencillo de exponer, por sus similitudes con el vasco (más discursivas que reales) sería el del Ulster. Sin embargo, otro evento como el conflicto minero británico de 1984-1985 refleja, en su carácter circunstancial, toda la potencialidad de representaciones belicistas que pueden llegar a alcanzar estos contextos bélicos «sucédaneos». Véase –incluido su expresivo título– MILNE, Seumas, *The Enemy Within: the Secret War Against the Miners*, Londres, Verso, 2004 y BECKETT, Francis, y HENCKE, David, *The 1984 Miners Strike and the Death of Industrial Britain*, Londres, Constable and Robinson, 2009. Polemología que ha pervivido, en forma de memoria colectiva: MACINTYRE, Donald, «A War Without Guns», *The Independent*, suplemento del 5 de marzo de 2009, pp. 1-4.
- ³⁸ Véase la reflexión teórica, inducida por el caso paradigmático de la Guerra Civil, de NÚÑEZ SEIXAS, *¡Fuera el invasor!*, pp. 11-21, así como la sugestiva recreación del discurso oposicional clásico de esos contextos de GALLEGRO, Ferrán, «Los demás son silencio. Normalidad y exclusión en la política contemporánea», en F. García de Cortázar (edit.): *La mecánica del poder*, Madrid, FAES, 2002, pp. 159-210.
- ³⁹ LEVINGER y FRANKLIN, «Myth and Mobilisation», pp. 185-186.
- ⁴⁰ *El País*, 30-6-1978, reproducida en MOLINA, «El vasco o el eterno separatista», cit.
- ⁴¹ La reflexión de este párrafo y el anterior parte, entre otros, de los testimonios –sobrecogedores– y el juicio público del asesinato de Juan María Arraluce, Presidente de la Diputación de Guipúzcoa, presentados en el reportaje «Tarde negra en San Sebastián», emitido por el programa *Informe Semanal* el 9 de octubre de 1976, Centro de Documentación Audiovisual de Radio Televisión Española, Torrespaña, Madrid.